

# EL MUSEO UNIVERSAL.



NUM. 30. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID: por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 25 DE JULIO DE 1868.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs.; un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos. AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos. AÑO XII.

## REVISTA DE LA SEMANA.



treinta y seis á treinta y ocho grados ha marcado el termómetro en estos días: el que no muera frito en Madrid, dará una insigne prueba de que está hecho de bronce. Pero no es sólo en Madrid donde el calor pica; en todas partes cuecen habas. Para evitar la probable contingencia de

un achicharramiento, las personas que pueden y muchas que no pueden, abandonan sus lares, y seguramente consiguen su objeto, aunque es de advertir que los mas de ellos lo consiguen por la sencilla razon de que en los puntos de su nueva residencia procuran mantenerse encerrados y quietecitos bajo el techo protector, mientras Febo hace de las suyas, precaucion que no suelen tomar en sus pueblos, que á tomarla, otro gallo les cantara. Los emperadores de Francia, Austria y Rusia; el rey de Prusia y el bey de Egipto; el príncipe Napoleon, el de Saboya, Othon y otros monarcas y personajes abandonan sus capitales, y los que no son príncipes ni personajes imitan el ejemplo, sin duda por aquello de que donde va el rey va la corte.

Bajo esta excesiva presion atmosférica, se observa hoy el fenómeno singular de que los ánimos en vez de apagarse, parece como que se encienden; así, nadie estraña que el ministro de la Guerra del vecino imperio haya hablado de la necesidad en que se encuentra Francia de poner en campaña seis ejércitos en cinco días. Tambien ha llamado la atencion que el ministro Roubert, contestando al diputado Favre en el cuerpo legislativo francés, haya dicho que Francia hará la

guerra por conservar su influencia. ¡Buen consuelo para los que sueñan con la paz!

Los preparativos para la celebracion del concilio ecuménico no cesan; y así lo dan á entender principalmente los periódicos franceses, segun los cuales, las grandes potencias han preguntado al Vaticano si tendrán sus representantes voto consultivo en el próximo concilio como sucedió en el de Trento. ¿Y por qué si á las grandes se les concede, no ha de concedérsele á las pequeñas? Asimismo se anuncia que la bula pontificia convocatoria va á ir seguida de una carta á todos los gobiernos, solicitándose su apoyo para que los prelados asistan; que Francia propone que durante las sesiones, guarnezca á Roma una fuerza internacional compuesta de soldados de todas las naciones, hecho que seria un paso hácia la solucion de «Roma internacionalizada,» y en fin, que el cardenal Antonelli se propone dirigir á los gobiernos representados por la Santa Sede, una carta cerrada pidiéndoles que no pongan obstáculo alguno al viaje de los obispos á la capital del orbe católico, y que les faciliten los medios de acudir al llamamiento del Pontífice.

El general Molke, ministro de la Guerra en el gabinete prusiano, cree inevitable un conflicto con Francia, y el conde de Bismarck juzga necesaria la paz para la consolidacion del nuevo reino de Prusia. El rey Guillermo se halla indeciso entre las opiniones encontradas de estos dos hombres de Estado: ya veremos, Dios mediante, en qué paran estas misas.

A pesar de las seguridades pacíficas que han dado poco há en el cuerpo legislativo los ministros franceses, vemos que los ánimos no se sosiegan en Alemania; lejos de ésto, se teme que han de surgir complicaciones inevitables que darán origen á un congreso europeo ó á tremendas colisiones.

Segun el *Bulletin internationale*, el cónsul general de Prusia en París ha escrito á uno de sus amigos de Alemania, que, atendiendo á todas las probabilidades, empezará la guerra europea en el mes de octubre.

Dicen de Viena que en el ánimo del emperador Francisco José luchan dos tendencias opuestas, las ultramontanas y las liberales, las últimas apoyadas por el baron de Beust. Lo cierto es, que la situacion de Austria, indica la proximidad de graves acontecimientos en aquel imperio.

De resultas de haber condenado los tribunales de

Prusia á quince años de trabajos forzados al conde de Platen, ministro del ex-rey de Hannover, algunos grupos subversivos han proferido gritos sediciosos contra el gobierno prusiano.

De las indicaciones hechas por la prensa extranjera, resulta, que el gran duque de Hesse se afilia por completo á la política de Prusia, y sus ministros, que son enemigos de esa política, piensan presentar la dimision.

Hungría y Croacia están, segun se cuenta, á punto de entenderse, obteniendo ésta concesiones para asegurar la autonomia administrativa, conservando la unidad política en la corona de San Estéban.

La casa del cónsul romano en Trieste ha sido atropellada por la multitud, y arrancadas las armas pontificias; así se refiere,

y si, lector, dijéredes ser contento como me lo contaron te lo cuento.

Un periódico de Pesh dice, que el príncipe Karageorgewitz se halla sometido á la vigilancia de la autoridad dentro de su misma casa; el príncipe ha recusado al tribunal de Belgrado como incompetente para juzgarle.

El cólera se ceba en muchas poblaciones de Marruecos y ha visitado á Inglaterra.

Se trata seriamente en Lóndres de fundar un club de señoras y señoritas; no se indica para qué; regularmente será para conspirar contra la tranquilidad de su eterno enemigo, sin el cual, entre paréntesis, no podrian vivir.

Hay proyecto de construir un túnel submarino entre Escocia é Irlanda.

El presidente Johnson ha firmado una ley, fijando en ocho las horas de trabajo en los talleres nacionales.

La prensa filarmónica hace saber que Rossini deja en su testamento una suma considerable para fundar un conservatorio de música en Pésaro, su ciudad natal, conservatorio destinado á ser el primero del mundo (*sic*). El hombre propone y Dios dispone. Muchas veces, huertos que antaño producian esquisitas frutas, dan hoy estupendas calabazas, y no es una razon el que Pésaro haya visto nacer al autor del *Barbero*, para que en lo sucesivo tenga la misma suerte.

Aproximase la fiesta del tiro nacional en Viena, en

cuya celebracion tomarán parte las principales sociedades orfeónicas de Alemania.

Segun despachos telegráficos, el Congreso de Chile se abrió el día 1.º de junio, declarando su presidente, en el discurso inaugural, que no creia se renovasen las hostilidades contra España.

Salnavé está rigurosamente bloqueado en Puerto Príncipe.

En la Habana se danza que es un gusto. Poco hace hubo un baile de máscaras en el Teatro de Tacon, bastante concurrido por gente de buen humor, pues humor no malo se necesita para danzar en junio, bajo la influencia de una temperatura horrible y con la cara tapada.

El prestigio de la aristocracia inglesa está en baja. En el banquete que el gremio de los pescadores da todos los años, el conde Rufel, respondiendo á un brindis pronunciado en honor de la cámara de los lores, trató de hacer, como uno de tantos, bajo un punto de vista democrático la apología de la aristocracia inglesa. Aseguróse que la Asamblea apenas le dejó acabar su discurso, y que los concurrentes se levantaron de sus asientos diciendo que había pasado el tiempo de glorificar á los privilegiados.

El P. Sechi, un verdadero sabio, parece que ha descubierto un motor económico y ligero mas poderoso que el vapor.

Con el fin de recuperar su antigua vida y movimiento mercantil é industrial, la ciudad de Lyon trata de organizar una esposicion europea para dentro de un año.

La que prepara la capital de Aragon promete ser una de las mas concurridas é importantes de España. De casi todos los pueblos de aquellas provincias, de las demás del reino y muchos del extranjero se reclaman antecedentes para asistir al certámen y hacer gala de sus productos y adelantos en la industria y en las artes.

En Valencia se generaliza la afición á la pesca con caña, estendiéndose del sexo feo al bello, salvas las escepciones, que dicho sea de paso, en el último son pocas allí. Escriben de la referida ciudad que las señoras mas elegantes y distinguidas se entregan á este inocente pasatiempo, en el que no dudamos obtendrán resultados prodigiosos, con caña ó sin ella: es proverbial la eficacia del cebo de las damas valencianas, para atraer asi la pesca mayor como la menor.

La provincia de Guipúzcoa merece alabanza, por un acuerdo que ha tomado recientemente su Junta; la cual, enterada con la mayor satisfaccion de la conformidad con que todos los pueblos de la misma que poseen los montazgos de la parzonería, Araber, Oñate y Legazpi se prestan á ofrecer á las provincias de Castilla assoladas por la miseria y por falta de pastos para sus ganados, los que cuentan dichos montes, sin perjuicio de la ganadería del pais, ha dispuesto hacer el oportuno ofrecimiento á las provincias hermanas de Castilla en el sentido indicado.

El terrible incendio recientemente ocurrido en los pinares de la tierra y ciudad de Soria, ha durado una semana, destruyendo casi por completo cerca de cuatro leguas de arbolado, ó sean unos cuatro millones de pinos, evaluados en mas de catorce millones de reales.

Varios periódicos anuncian como cosa decidida la celebracion de tres grandes corridas de toros en la plaza de Valencia, con objeto de acreditarla y ponerla á la altura de las primeras de España. Creemos que no debe desistirse de la empresa, pues urge á la cultura del pais que, con estas y otras por el estilo, se elevará en la escala de la civilizacion hasta perderse de vista.

Háblase de la proyectada fundacion de una Academia de Historia, Arqueología y Bellas artes de Galicia, por distinguidos escritores y otras personas ilustradas del pais.

La *Montaña de Montserrat* dice que en la próxima feria de Belleaire (Provenza), habrá un concurso de tamborileros, siendo presidente del jurado Mr. Francisco Vidal, de Aix, autor de una curiosísima obra sobre el instrumento de que se trata, con el título de *El Tamboril*, en el cual dicho señor es una notabilidad, así como tambien se distingue por sus bellas poesías.

La prematura muerte del poeta niño don Jesus Rodriguez Cao, ya célebre en su temprana edad por el ingenio verdaderamente extraordinario que revelaban sus producciones, ha sugerido á varias de las personas que lo conocian el pensamiento de formar una corona fúnebre destinada á perpetuar la memoria de aquella admirable criatura, y al efecto se ha circulado una invitacion á los poetas españoles, firmada, entre otras eminencias literarias, por Carolina Coronado, Hartzenbusch, y Campoamor.

Por la revista y la parte no firmada de este número.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

## LAS TAPICERIAS DE RUBENS.

(CONTINUACION.)

Otro vasto tapiz oblongo representa la destrucción de los antiguos sacrificios paganos por el sacrificio de la religion cristiana. Un grande y hermoso mancebo presenta en lo alto el cáliz y la sagrada Hostia con una mano, mientras con la otra tiene el fuego ó los rayos en ademán de fulminarlos á un grupo de sacerdotes gentiles que iban á sacrificar ante el ara de Júpiter. Uno de los primeros ha caido aterrado en el suelo; caen igualmente el ara, catino y demás utensilios preparados al sacrificio. Al lado opuesto, un sacrificador cultrario tiene asida á la adornada víctima, que es un buey blanco, grandemente dibujado, mientras otro sacrificador, con la segur en la mano, cae sobre éste con terror y espanto. Un sacerdote, al parecer, se ve caido en el suelo, teniendo un laud en la mano.

En esta composicion, Rubens desplegó todos los resortes de su talento con la expresion y gran movimiento que dió á las figuras, grandiosamente dibujadas. El lado izquierdo del ara y sacerdotes presenta una rica masa de luz, motivada por la que acompaña al espresado mancebo, mientras que en el opuesto lado (lado de tinieblas) la luz va jugueteando muy escasa, pero con efecto muy picante, en el sacrificio ó libacion ante el ara de Júpiter, que se ve en una *cella* muy retirada.

En el borde inferior está la firma del fabricante, de este modo: J. RAES F.

Una de las mas brillantes composiciones en esta serie de triunfos, es la que representa la *adorable Eucaristia victoriosa del error, la ignorancia y la herejía*. Sobre un carro de oro de incomparable riqueza, con ruedas sembradas de perlas y pedrería, va sentada una matrona representando la Iglesia, vestida de pontifical; detrás, un ángel va á colocar en su cabeza la tiara ó triregno; otro ángel mas inmediato, detiene y recoge el abundante ropaje de la capa pluvial de la matrona, que agitada por el aire con violencia, produce bellísimos partidos de pliegues. Tiene la Iglesia asido con sus dos manos, un riquísimo ostensorio con la sagrada Hostia, que en torno esparce brillante luz. El magnífico carro oprime rodando las figuras de la Herejía, de la *Envidia* con cabellera de serpientes, y la de la *Discordia*, que ha soltado ya su funesta tea. Tras de él caminan atados el *Error*, con venda en los ojos, y la *Ignorancia*, con orejas de asno, impelidas ambas figuras por una matrona con lucerna en su mano izquierda. En la proa, un hermoso angelito (acaso el amor divino), sobre el que se cierne la paloma simbólica del Espíritu Santo, parece que guía el carro, teniendo un corto baston en su mano derecha, y con la otra las riendas de cuatro blancos y hermosísimos caballos. Sobre el mas próximo va montado un mancebo gallardo con alas y corona de laurel; lleva enhiesta una *ombela* ó basílica, y en su asta las llaves de San Pedro puestas en sotuer. Mas allá, aparecen volantes la *Fama* y la *Victoria*, ésta, elegantemente delineada, llenando el espacio entre la erguida cabeza del caballo y el ángel mencionado.

De las siete matronas con que Rubens quiso sin duda representar algunos dones y frutos del parálito que domina en la proa, cuatro asoman en tercer término, y representan, á nuestro entender, la *Paz* coronada de oliva, y otras con laurel indican sus dones de ciencia y entendimiento. Tres gallardas doncellas van delante y conducen los caballos, asiendo sus bridas con una mano. La mas próxima, empuña una espada flamígera (1), simbolizando el celo ó el fuego activo de la caridad. Otra, adornada con la piel de Hércules, sujetando la fogosidad de otro caballo y con baston en una mano, indicaría la *Fortaleza*. Se vislumbra y precede á todas, otra matrona, llevando una especie de *labarum*.

Nada puede imaginarse mas grandioso, rico y brillante que esta composicion, hablando sólo de la feliz estética de las líneas y colores. El boceto original, que tuvimos la fortuna de admirar en esta córte hace muchos años, nos dió idea de la magnífica potencia del pintor de Amberes, pues poco ó nada de su mano vimos mas bello y armonioso, de tonos mas variados ni transparentes, ni de toque mas fluido y fácil; todo sujeto á una luz brillante, argentina y encantadora.

El *triunfo de la Caridad* se ve en otro tapiz, menos ancho que los anteriores. La matrona que la representa, vestida de encarnado con manto azul, va en pie sobre un carro de oro, acaricia á un niño que tiene abrazado á su izquierda, y con el brazo derecho tiene asidos de la mano otros dos en pié; en la proa del carro esta el pelicano simbólico del Sacramento. Tiran del carro dos grandes leones; sobre el mas próximo hay un niño montado, alegoría del amor, que vence los mas fieros animales, tomada, como se ve, de los camafeos antiguos; pero aquí es el amor divino, que con la punta de la flecha agujeronea al rey de los ani-

males. Detrás del carro vienen dos amorcitos, uno el Amor divino, que eleva hácia la matrona una tea con rebatado acaso al Amor profano, que junto á él, mirada maligna y de despecho, quiere incendiar con su tea impura la rueda del carro; junto á ella, se ven matrona, y en el aire, van volando once amorcillos de singular gracia y hermosura, que en donosas y variadas actitudes, forman en rueda una mágica aureola á la Caridad; uno de los angelitos tiene levantada una tea encendida.

Era natural que para la completa glorificacion del Santísimo Sacramento, se representasen los testigos, expositores y apologistas del inefable misterio. El tapiz siguiente llena este objeto con las figuras de los evangelistas, los principales doctores de la Iglesia y santos que rindieron mayor culto al Sacramento, ó ilustraron este misterio con sus escritos. Asi, en este paño vienen representados los cuatro evangelistas. Van caminando con graves é inspirados semblantes. San Marcos y San Lucas, acompañados de los simbólicos toro y leon. Rubens imaginó para San Mateo colocar á su ángel en el aire, señalándole el cielo con su mano izquierda, y con la derecha parece indicarle lo que debe escribir en un libro que el evangelista tiene abierto entre sus manos. San Juan, con el cáliz en la mano, mira á su águila encumbrada; así á todo este asunto, que en otros artistas suele ser muy monótono, dió Rubens una variedad y movimiento muy pintoresco y espresivo. Siguen á éstos los principales doctores de la Iglesia latina caminando en la misma direccion que los evangelistas. San Gregorio, San Ambrosio y San Agustin, en pié, ostentan sus magníficas capas pluviales y respectivas mitras y tiaras brocadas de oro. Vuelven la vista al Sacramento, que tiene en sus manos Santa Clara, mientras Santo Tomás diserta ensalzando el augusto misterio; San Alberto ó San Norberto, viene detrás junto á San Gerónimo, vestido de cardenal; éste medita en un gran volumen las profecías y figuras de los libros sagrados.

Debió aquí pintarse á San Alberto como nombre del archiduque gobernador de Flandes por Felipe IV, así como en el semblante de Santa Clara se retrató á su esposa Isabel Clara Eugenia, que debió coadyuvar grandemente á esta magnífica coleccion estando en Flandes.

Un tapiz, mas ancho que alto, de menores dimensiones, que llenaba en el claustro un hueco sobre la ventana de la sacristía, representaba la Caridad. Escena bellísimamente imaginada, que pertenece á la mejor época de Rubens por la excelente estética de las líneas, por la correccion del dibujo y por la belleza y espresion de la cabeza de la Caridad, que da el pecho á un niño, mientras acaricia á otros dos que tiene agrupados admirablemente.

Terminemos esta revista con el tapiz de la Eternidad. Un genio, en lo alto, tiene en la derecha el cereo simbólico de la serpiente; con la otra mano alarga á una anciana matrona parte de una estensa cadena de medallones de reyes, significando las innumerables dinastías que se han sucedido en el mundo; esta cadena va pasando de mano en mano por las de tres genios, de los cuales el más próximo á la tierra tiene el cabo ó cordon de la cadena caido hácia una pequeña profundidad, boca, al parecer, de un abismo, que denota, sin duda, lo pasado.

Casi todas las mencionadas composiciones se trazaron como si en tapices estuvieran suspendidas, en unos pórticos de orden dórico; en la parte superior, algunos geniecillos se ocupan en fijarlos con guarnaldas ó festones, en cuyo centro hay un tarjeton destinado á un breve epigrafe. Fingen sostener el cornisamento dórico una hermosísima columna salomónica á cada lado; otros, tienen dos de forma diferente, y sirven de ostentosa orla ó recuadro á la composicion. El basamento de ellas, que abraza todo el pórtico simulado, está enriquecido con adornos simbólicos al asunto del tapiz, ingeniosísimos y admirablemente tejidos. Todo, por fin, forma un conjunto grandioso y rico.

Estas decoraciones, tan del gusto de Rubens y de sus contemporáneos, si á los eruditos hoy no satisfacen por no ser conformes á la arquitectura judaica, la denominacion, aunque impropia, de columnas salomónicas despierta en la generalidad cierta idea de la religiosa pompa y magestad con que en todo el orbe católico se celebraba la solemne festividad del *Corpus Christi*.

Aquí termina la enumeracion de los tapices de las Descalzas Reales, para lo cual hubiera sido necesario mas tiempo que el corto intervalo de hora y media que pudimos dedicar. Aun así, tememos haya parecido difusa y pesada la descripcion de muchos de ellos.

Preciso es advertir á los lectores de nuestras desaliñadas páginas, que con el trascurso de dos siglos y medio, estas colgaduras han perdido mucho de su primitiva viveza y armonía en los colores, puesto que unos han quedado chillones y otros demasiado pálidos. Esto acontece segun la sustancia con que fue tejida la hilaza, como sucede á todas las tapicerías espuestas por muchos años á la luz y á la intemperie. Pero,

(1) Así estaba el boceto original; en el tapiz, se halla suprimida.

asi y todo, ya que desaparecieron de nuestro suelo algunos de los preciosos bocetos, y los cartones que sirvieron para tejerlas, congratulémonos de que aun se conserven estas pocas reliquias de nuestra antigua grandeza, religion y poderío, y que segun la armoniosa lira de Petrarca, su contemplacion y estudio

*Levan di terra al ciel nostro intelletto.*

V. CARDERERA.

## LAS FLORES DEL AMOR.

NARRACION.

I.

### AL BRILLO DE LA LUNA.

La gracia y la inocencia  
En í reunidas creo;  
Tu amor debe ser gloria,  
Ventura tu existir.  
¡Ay, nunca ausente llores  
La paz que te deseo.  
Ni la desgracia nuble  
Tu hermosos porvenir!  
M. DEL PALACIO.

Tiene Galicia un famoso puerto, que se llama Vigo, la perla de los mares, cuyo apacible clima se parece al de Nápoles ó Florencia; su cielo al del Atica, su brisa á la susurrante y embalsamada de los virgenes bosques del Brasil, y unas noches de luna en primavera que envidiarían los mismos habitantes de la gentil Venecia,

*Regina de l'onde,*

cuyas bellezas pondera todo viajero que ha visto sus lindotas y sus palacios, como yo la recuerdo por las leyendas de sus poetas y por el sueño de ella que ha tenido uno de los cantores de Galicia, don José Benito Amado, el mas inspirado de otra Venecia española, Pontevedra;

Helénes, ciudad de flores,  
De barcas, de zagalas y festines,  
De plácidos amores,  
De mágicos colores,  
De puentes, de palacios y jardines;

y unas playas nacaradas como las islas del Adriático, en cuyas arenas irradia el sol con la refraccion que produce en su bruñido cristal.

En una de esas noches del mes de mayo de 1859 una barquilla de pesca se aproximó á Guixar, sitio el mas á propósito del arrenal de Vigo para ver con verdadero arrobamiento la salida y la puesta del sol, los dos polos de la naturaleza mas espléndidos, el uno brotando luz del rosado Oriente, y el otro ocultándose en el azulado seno de Occidente.

Dos personas venian en la barquilla: dos jóvenes esposos, pescadores ambos, aunque de distinto sexo. El tenia 26 años, ella 19; él era rubio como las Anfítrites; ella blanca como el armiño, con el cabello negro en ondas, ojos azules, labios de coral y pies y manos que darian celos á la cazadora Diana. El se llamaba Luis, ella Luisa: ¡coincidencia singular! Nacidos en Guixar, se habian criado juntos, juntos habian ido á la escuela, juntos habian aprendido á pescar y á tirar de la red, y juntos se les veía siempre, porque no podia vivir el uno apartado del otro; y todos los bendecian en las playas por su bondad, y todos decian que eran dos ángeles.

Aquella noche plácida y risueña venian de Nuestra Señora de la Guia, á donde habian ido á llevar unos encargos del fomentador Tapias, uno de los mas activos y generosos de los de Vigo, á un amigo que allí estaba ocupado en dirigir la estraccion de piedra de cantería para las obras del malecon, y ya les dominaban vivos deseos de volver á abrazar á sus dos niños Rosa y Edmundo, que cuidaba en su ausencia con ejemplar solicitud la madre de Luis, con quien vivian.

La luna se ostentaba en el horizonte en toda la plenitud de su giro, derramando en la magestuosa y espumosa ría de Vigo raudales de luz al través de las jarcas de los buques, que se mecian blandamente en sus ondas de ópalo y coral.

Norte de mar,  
Norte de alegría,  
Norte para amar,

con los pescadores de Galicia en esas horas que son un trasunto del reposo celestial.

¡Oh! ¡qué noches! ¡qué horas se pasan en aquellas riberas argentadas, lejos del bullicio del mundo, completamente olvidado el hombre de las miserias que en él se agitan!

Eran las diez. Los blandos murmullos del mar, las baladas de los marineros de los buques surtos en el puerto, cuyos ecos vibraban dulcemente en el espacio, todo concurría á sumergir el alma en un éxtasis delicioso, trasportándose á un mundo donde todo es bello, juvenil y poético.

Luis saltó en la playa con la agilidad de una corza, metida en el agua hasta la mitad de su marmórea y torneada pierna, con el cabello casi flotando á merced del céfiro, mientras Luis esperaba que ella atase la cuerda de la navecilla á una argolla del muellecito de Guixar, exclamando:

—¡Gracias á Dios! Pronto veré á mis angelitos.

Luis dijo á su vez:

—¡Qué tarde! ¡Qué harán nuestros hijos? ¡Dormirán?

Pronto se hallaron despues juntos fuera del agua aquellos dos esposos enamorados y sencillos.

Cantábase en Vigo entónces una balada de un poeta gallego, titulada *La Nave*, puesta en música por Barrejon, profesor de piano en dicha ciudad; cuyo estribillo era:

¡Ay, quién pudiera  
Volver á navegar!

Luis y Luisa la sabian, y se fueron á su casa, cantando con voz de tiple ella y de tenor él:

Gentil y presurosa  
Yo he visto una barquilla  
Bogar desde la orilla  
Del argentado mar.  
Cantaba un marinero  
Tendido en la ribera,  
Diciendo: ¡ay, quién pudiera  
Volver á navegar!  
Y en tanto que la nave  
Los cáuces iba hendiendo,  
El sol se iba poniendo  
Con ténue resplandor.  
Y nubes de escarlata,  
Que al cielo se elevaban,  
Los rayos ocultaban  
Del astro brillador.

No bien quedaron en la playa los dos jóvenes esposos, libres del cuidado de su barquilla, que dejaron atada al muelle de Guixar, se dirigieron á su casa repitiendo algunos versos de la balada *La Nave*, que, como hemos dicho ya, se cantaba entonces en Vigo, en todas las casas filarmónicas.

La luna brillaba llena y esplendente, en aquel cielo límpido y sereno de la perla de los mares, y el eco de la noche parecia decir con el vate gallego Pastor Diaz, de su magestuosa reina:

Antorcha de alegría en las cabañas,  
Lámpara solitaria en las ruinas,  
El salon del magnate no iluminas,  
Pero su tumba sí.

No obstante, les seguia un curioso, el cual no pasó desapercibido á Luisa, que al ver que no se apartaba de ellos, se preocupó y dijo á su esposo:

—He notado, Luis, que un hombre nos sigue desde que hemos llegado de la *Guia*, y temo que sea algun malhechor, que se figure somos personas ricas y quiera robarnos.

Luis, que era arrojado y no temia á los ladrones, porque dudaba los hubiese entre sus honrados vecinos, respondió á su mujer:

—Luisa mia, no temas á esa gente en este vecindario pacífico y religioso; yo mismo voy á salirle al encuentro, y sabremos quién es.

—Luis, repuso con viveza su esposa, no vayas á esponer tu vida.

—Calla, mujer; acaso ande buscando auxilio por alguna desgracia que le sucede, y justo es....

—Luis... Luis, exclamó con angustia la pescadora. Luis no pudo contenerse, y en un abrir y cerrar de ojos ya estaba enfrente del desconocido.

Era este un joven de Vigo, de buena familia, que á aquellas horas intempestivas para una persona de su clase que está bajo la tutela paterna, podia hacer sospechar que no andaba en buenos pasos.

—No os asustéis, le dijo á Luis, créi que erais unos amigos que esperaba... ando por aquí como perdido... No temais nada de mí: he seguido, porque la curiosidad...

—Pero, ¿por qué no se vuelve usted á su casa? repuso Luis.

—¿Por qué? Porque aun espero que vendrán!... Además, me gusta pasear de noche y regularmente vengo á estos sitios. ¿No les parece á ustedes que soy raro? Tiene usted una mujer muy hermosa, amigo mio.

—Lo es en verdad, afirmó Luis.

—¿Y van ustedes á su casa?

—Ciertamente, respondió el pescador.

—Pues yo les acompañaré y sabrán quién soy.

—No veo en ello el menor inconveniente.

—Pues vamos, dijo Luis.

—Marchemos, añadió Emilio, que asi se llamaba el desconocido.

Y en efecto, partieron juntos.

La casa de los dos esposos, estaba cerca de la *Fuente del Gallo*, sitio de reunion de los pescadores de la Arena ó Arrenal de Vigo, que tan hermoso golpe de vista ofrece desde la ría de la perla de los mares.

—¡Cómo se parece á mi Rosita! iba diciendo *sotto voce* Emilio; pero llegó á decirlo una vez tan alto, que le oyó Luis.

—¡Cómo! ¿tiene usted acaso su amada por estos sitios?

—No puedo negarlo, afirmó Emilio, y el objeto que me trae por aquí á estas horas es ver si puedo hablarla. ¡Oh! es una bellísima pescadora, por quien muero de amor.

—¿Y se parece á mi Luisa?

—Ciertamente, amigo: es una niña de unos diez y seis años, que eclipsa con su hermosura á todas las señoritas de Vigo.

—Pues esa niña, dijo Luisa, que no habia perdido una palabra de la conversacion antecedente, creo que es mi hermana.

—¡Su hermana de usted! exclamó con radiante júbilo Emilio.

—Sin duda, afirmó Luisa,

—¿Y tú qué sabes? preguntó Luis á su esposa.

—¡Toma! á juzgar por lo que dice ese caballero...

—¡Si será, sí, repuso Emilio, se parece mucho á usted; tanto, que al ver á usted saltar en tierra, créi que seria ella, y por eso la he seguido. Hé aquí el misterio de mi aparicion cerca de ustedes. Ahora supongo que me perdonarán la curiosidad, y no les parecerá mal que les diga, que amo á esa preciosa niña.

—Pero usted es un señorito... exclamó Luisa.

—Y ella una señorita, replicó Emilio. ¿Pues acaso es menos ella que cualquiera otra mujer?

—Tanto como eso no diré yo, contestó Luisa; es honrada y trabajadora; y si esto nos ha de servir de mérito, ella lo tiene.

Entre tanto, ibanse aproximando á la casa, y la luna seguia derramando su mágico fulgor sobre la nacarada playa y las ondas de la ría.

—¡Qué hermosa es! decia Emilio; no puedo hacerme superior á la pasion que me ha inspirado. ¿Cómo no he de amarla, si es la mas linda de todas las jóvenes que he conocido? Con justicia la llaman la *Perla de la Arena*.

Luis y Luisa llegaron por fin á su casa, seguidos de Emilio, cuando el sereno cantaba ya las doce de la noche.

—¡Gracias á Dios! exclamó Luisa, llamando á la puerta con fuerza.

—¡Gracias á Dios! dijo á su vez Luis, vamos á ver á nuestros hijos.

Y Emilio dijo tambien:

—Por fin, voy á hablar con ella. ¡Qué hermosa es Rosita!

Cuando la madre de Luisa abrió la puerta de la casa, que con mas propiedad pudiéramos llamar cabaña, fue para presentarse muda y despavorida, sin acertar á decir una sola palabra.

—¿Y nuestros hijos? le preguntaron con estupor los jóvenes esposos.

Un eco fúnebre pareció responderles, con unos versos del vate gallego San Martin:

Los hielos del crudo invierno  
Dejaron secas las ramas,  
Y el vendabal tormentoso  
Las hojas llevó en sus alas.

—¿Pues qué ha pasado? preguntó á su vez Emilio, estrañando que Rosita no se presentase tampoco en aquella ocasion.

—¡Los niños se han ahogado! dijo maquinalmente la desolada anciana. Rosita los llevó á la oracion á pasear y perdió con ellos la vida.

—Pero eso no es posible, gritaron aterrados los jóvenes esposos; no, eso no puede haberlo permitido Dios.

—No puede ser, añadió Emilio, que estaba poseido del pánico de Luis y Luisa.

—Pues hijos míos, todo ha pasado en cosa de media hora. Rosita fué á bañarse con ellos, vino una ola terrible, y se los llevó como si fueran leves aristas. Toda la playa se llenó de gente: vino la autoridad, y yo quise arrojarle al agua para desaparecer con ellos por no tener ahora que presenciar vuestro dolor.

—Pero madre, replicó Luisa, ¿no es verdad que todo cuanto nos acabais de decir es un cuento, para darnos despues una agradable sorpresa? ¡Vamos, madre, á abrazar á los niños!

—Sí, sí, añadió Luis. ¡Vamos á abrazarlos!

—No os formeis ilusiones, hijos míos! repuso con viveza la desolada anciana. Dios lo ha permitido así: ahora, no os resta mas que llorar su desgracia resignadamente y pedirle que os dé otros, pues os los dará para calmar el dolor que os ha producido la muerte de los pobres Edmundo y Clara, como la de Rosita.

—¡Madre, no es posible que haya en el mundo padres mas desgraciados que nosotros! exclamaron Luis y Luisa, cayendo en el suelo al mismo tiempo como heridos del rayo.

—Y que yo, añadió Emilio, pugnando por levantar á aquellos desdichados padres.

(Se continuará.)

DR. LOPEZ DE LA VEGA.

**AVENTURAS DE UN ABOLICIONISTA DEL KANSAS,  
EN EL MISSOURI (ESTADOS-UNIDOS) EN 1855.**

(CONTINUACION.)

A unas ocho millas de esta ciudad, el doctor no sospechando peligro alguno, hizo que los hombres que hasta allí habían caminado á pie subiesen á los furgones. Un poco mas lejos el camino, haciendo un ro-

deo, pasaba al pie de una colina delante de un bosquecillo. Llegados á este sitio, vieron sorprendidos los viajeros por una partida de veinte hombres de á caballo armados que, apuntándolos con las carabinas, les mandaron detenerse. Carlos Doy queria defenderse, pero el doctor, viendo la imposibilidad de la resistencia, echó pie á tierra y se acercó á los enemigos con objeto de parlamentar con los mismos.

A simple vista reconoció entre ellos cinco indivi-

duos de una reputacion detestable, y no pudo conservar dudas sobre la suerte que se le reservaba. Con todo, mantúvose tranquilo y sereno, á pesar de que las armas seguian asestadas contra él y los suyos y á pesar de las amenazas de muerte que se proferian; únicamente preguntó á los agresores si tenían alguna orden para justificar un arresto tan arbitrario. Toda la respuesta de los missourianos se redujo á redoblar sus injurias, golpeándole además el rostro con los



LA CARTA DE LA TIERRA.

rewolvers. Sin embargo, uno de ellos le ofreció quinientos dollars si queria conducir su tropa de hombres de color á Rialto-Ferry, sobre el Missouri, frente á Weston, proposicion que Doy rechazó con energia.

Parte de la banda se dirigió en seguida á los furgones, hizo bajar á los viajeros y los ató. Se quiso también atar á Doy y á su hijo, pero se renunció á ello, en vista de su noble y firme actitud. Solamente los raptos declararon que para no ser denunciados y perseguidos iban á llevarlos con ellos hasta Rialto-Ferry, y que allí los soltarian, restituyéndoles lo que les pertenecía, y aun dándoles dinero, si querian aceptarlo. Toda resistencia era inútil; hubo, pues, que marchar.

Pasado algun tiempo, habiendo el doctor Doy des-

atado las cuerdas de dos de los hombres de color, sosteniendo que eran libres, este nuevo acto de energia irritó á los esclavistas; algunos de estos declararon que era preciso poner coto á tamaña osadía y matarlo; los otros, deseosos únicamente de ponerse al abrigo de toda persecucion, le hicieron subir á caballo, como á los demás hombres de color á los furgones, y se dirigieron presurosamente hácia Leavemouthe.

A poco tiempo se rompió una rueda de uno de los furgones, y hubo, en su consecuencia, que amontonar todos los viajeros en el otro, que era el de Doy, despues de arrojar al suelo la ropa y las provisiones que contenia. En vano reclamó Doy contra el abandono de aquellos objetos, que le pertenecian; prometieronle

solamente enviar á buscarlos, y enganchados los caballos al último furgon, se prosiguió precipitadamente el comenzado camino.

A la entrada de la noche, rompióse el timon de este carruaje, cuando aun faltaban dos millas para llegar á Leavemouthe. Hubo que ir á la ciudad en busca de otro vehiculo; mientras tanto, los raptos condujeron los prisioneros á unos matorrales que habia cerca del camino, los rodearon, y amenazaron con matar al que hablase de modo que diese la voz de alerta á los pasajeros. La noche era muy fria, y en la situacion que hemos dicho permanecieron hasta cosa de las doce.

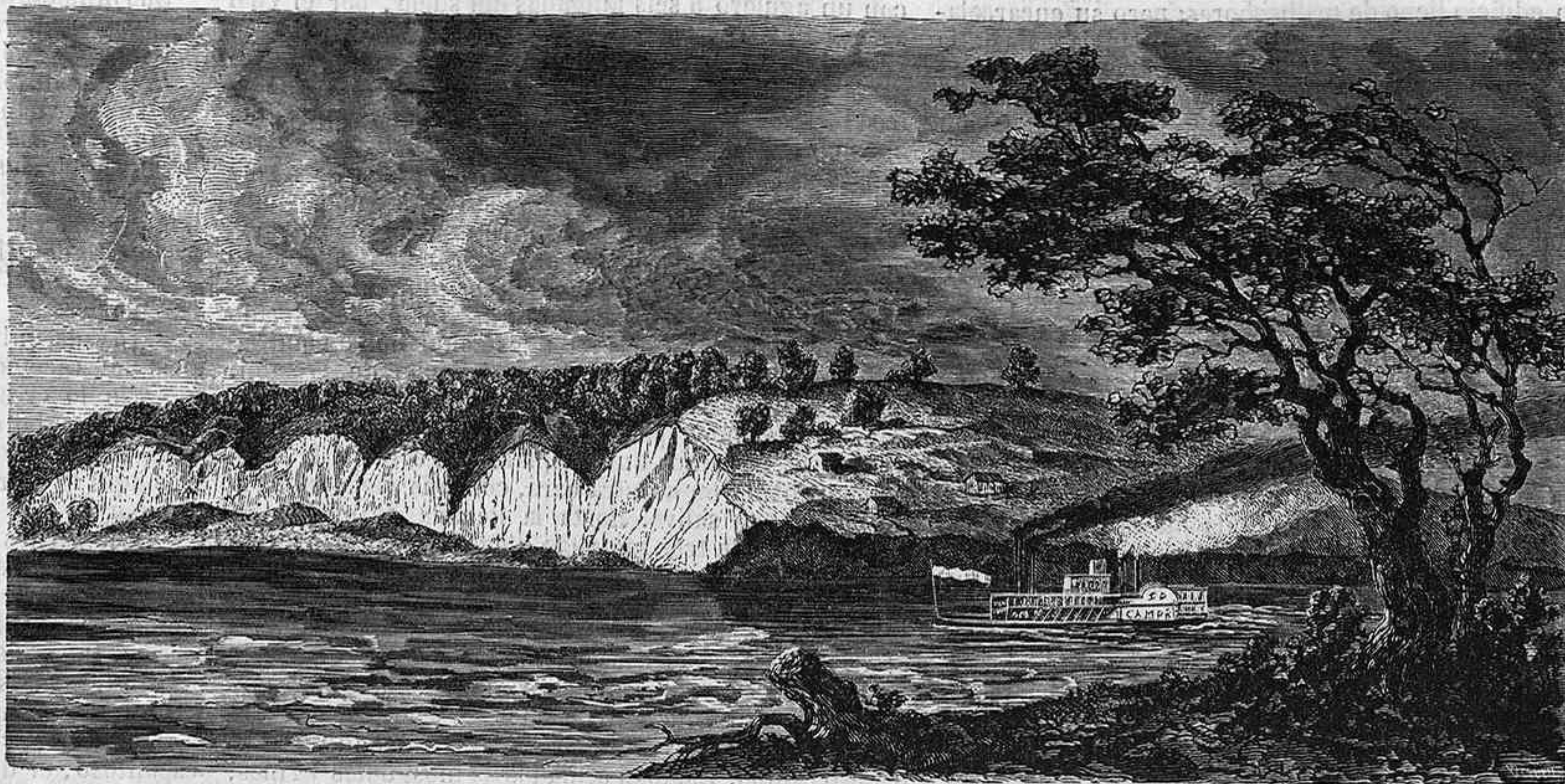
Habiendo por fin llegado un furgon de alquiler, se dejó sobre la jradera el de Doy, que fue perdido para

el con todo lo que contenia. Llegaron á Rialto-Ferry, sin que ocurriese ningun otro incidente particular. En la orilla brillaba una luz. Una banda ó partida de missourianos armados y á caballo parecia esperar la vuelta de la expedición. Como se habia prometido á los tres blancos no llevarlos mas lejos, Doy se negó claramente á entrar en el barco. Se quiso obligarle á la fuerza, y la escena hubiera ciertamente adquirido un carácter de violencia suma, á no mediar aquel que, cuando el arresto, habia ya ofrecido quinientos dollars al doctor, si queria seguirlos voluntariamente.

Este personaje declaró que era Benjamin Wood, maire de Weston, lo cual fue confirmado por muchos pasajeros; escitó á Doy á ceder, prometiendo bajo palabra de honor, darle buena cámara, tratarle bien, y devolverle á la mañana siguiente su libertad y todos sus efectos. Esta seguridad decidió al doctor á embarcarse con su hijo y Clough.

La acogida que le esperaba en Weston no tardó en desengañarle. Un populacho exaltado cubria los muelles; el sonidó de las campanas, y los tiros de fusiles y pistolas se mezclaban con los gritos é imprecaciones contra los hombres de color y los abolicionistas. Amontonaron á todos los prisioneros en el furgon, excepto el doctor, á quien hicieron montar á caballo, y en seguida los raptos, escoltando su presa, recorrieron durante una hora las calles de la ciudad.

«Detrás de nosotros, dice el doctor, alzabase una



PAISAJE CERCA DE SAN JOSÉ EN EL ESTADO DEL MISSOURI (ESTADOS-UNIDOS).

inmensa gritería; la multitud se agolpaba y estrechaba contra mi caballo y contra mí; ella me desgarró el traje que llevaba; las faldillas y las mangas fueron despedazadas, y los pedazos distribuidos entre el populacho como otras tantas reliquias de un abolicionista vivo. Así pues, empujados, heridos, maltratados, insultados, abrumados por todas las indignidades imaginables, en medio de los gritos de «¡Ahorcadlo! ¡Ahorcadlo! ¡Ahorcad á ese condenado ladron de ne-

gros! ¡Quemad al maldito abolicionista!» tuvimos que representar el papel de vencidos en esta ovacion en favor del demonio cruel y sanguinario de la esclavitud; ovacion digna de él, ciertamente.»

III.

EN LA CÁCEL.—EL PALACIO DE JUSTICIA.—EL CALABOZO DE HIERRO.—SUFRIMIENTOS.—UN MOTIN.

El doctor y sus compañeros fueron encerrados en un



ESTERIOR DEL CIRCO DE PRICE.

gran edificio lleno de malhechores; pero su encarcelamiento no los libró de injurias y violencias. Hasta la noche continuaba el populacho acudiendo á perseguirlos con sus testimonios de odio y de cólera. Aunque no habian comido nada desde la mañana del día anterior, no pudieron obtener alimento alguno, concediéndoles únicamente un poco de agua, y era ya tarde cuando pudieron en fin esperar, no el sueño, sino al menos algun reposo sobre el desnudo suelo.

A la madrugada siguiente, registraron á los prisioneros, les quitaron sus papeles y valores, despues los llevaron al Hotel Internacional, donde se les sirvió un desayuno, y de allí al palacio de justicia.

«La recepcion que nos hicieron en las calles, luego que salimos del hotel donde nos desayunamos, fue aun mas diabólica, si es posible, que la de la noche anterior. La ciudad toda parecia reunida, y los juramentos, los aullidos, los insultos, las palabrotas, los gritos de: «¡Dadles cáñamo! ¡la cuerda espera! etc., etcétera.» nos fueron prodigados hasta el palacio de justicia, á donde se nos conducia para sufrir un interrogatorio.

«Nos hicieron entrar en un salon á medio hacer, y todo lleno de la multitud de los demócratas de Weston, tan inaccesibles al temor como al aseo. Era el salon una estancia groseramente construida con paredes de ladrillos descubiertos, de cuyas paredes habia suspendidas justamente encima de nuestras cabezas, tres cuerdas nuevas, con un lazo corredizo al extremo... Aquellos rostros duros, feroces, súcios, con señales en las comisuras de boca del jugo del tabaco ó la señal de la pipa, los ojos ardientes fijos en nosotros; aquellas cuerdas demasiado significativas que se balanceaban sobre nuestras cabezas; las amenazas salvajes que resonaban en la sala y se mezclaban con los juramentos mas estraños que jamás hayan llegado á oídos humanos, todo nos presentaba la perspectiva poco halagüeña de las crueldades de que es capaz el furor popular.»

El primer movimiento de Doy, al ver las cuerdas fatales, fue acudir directamente al juez y reclamar en caso de violencia, la proteccion debida á todo ciudadano americano.

—Haré lo que pueda, respondió el juez, pero bien sabeis que no puedo nada.

—Lo presumia; exclamó el doctor, volviendo á su sitio.

Principió la instruccion del proceso. Doy pidió al principio un defensor; pero como le habian quitado el dinero y no podia ofrecer otra remuneracion que su agradecimiento, ningun abogado quiso trabajar por semejantes honorarios. El juez se informó del papel que Clough habia desempeñado en el asunto, y habiendo declarado el doctor que dicho jóven no habia hecho otra cosa que conducir uno de los furgones, fue puesto en libertad. Algunos dias despues, estaba de vuelta en Lawrence, trayendo sus caballos y los del doctor, y por él se supo el arresto de los viajeros.

Pero no parece que habia señales de que se tratara de soltar así á Doy y á su hijo: el padre, en particular, era demasiado conocido como un ardiente enemigo de los esclavistas. Así pues, despues de oír algunos testigos que dieron cuenta de su captura, y despues de haber permitido á los dos prisioneros firmar una protesta contra los rigores de que eran objeto, el juez mandó llevarlos á la cárcel de Platte-City, esperando que se instruyese su proceso por robo de esclavos.

Sin embargo, la actitud del gentío que llenaba la calle y los pasadizos era tan hostil que, por segunda vez, Doy reclamó la proteccion de los jueces. Estos, que temian efectivamente algunas violencias, hicieron salir á los acusados por una escalera secreta, y se los depositó por la noche en una buhardilla ó desvan, donde permanecieron encadenados y con guardas de vista. Pero no por estar libres de los insultos de la calle, lo estaban de todo peligro. A cada instante entraban rufianes en la prision donde ellos estaban, y los maltrataban con los pies el cuerpo y aun la cara. Estas escenas duraron hasta que Carlos Doy, irritado, con el rostro lleno de sangre, se levantó agitando sobre su cabeza los brazos cargados de cadenas, persiguió al populacho hasta la puerta y le obligó á salir.

«Era ciertamente un espectáculo curioso el ver á dos ciudadanos de América arrebatados á su país sin acusacion contra ellos, con los vestidos hechos harapos, la sangre corriendo de las heridas que, sin motivo, les hacian hombres que se honraban igualmente con el título de ciudadanos de América!

Al día siguiente, la sentencia del juez recibió su ejecucion, y se trasladó á Doy y á su hijo á Platte-City con una buena escolta. Los registraron nuevamente, les quitaron las cadenas, y por último los encerraron en una celda oscura que se comunicaba con un salon calentado por una estufa.

«Nos encontramos en una especie de caja de hierro, de ocho pies cuadrados, ni mas ni menos (porque la medí cien veces), y de siete pies de altura. No habia mas muebles que una cama de hierro con un colchon, una manta de caballo y un pedazo viejo de alfombra de algodón... Las paredes, el techo, el piso, todo era de metal, y no habia otra abertura que la puerta, igualmente de hierro, bien asegurada con cerrojos y

con un agujero á seis pulgadas del suelo, por el cual se nos introducía la comida...

«Entramos en la prision de Platte-City el 28 de enero de 1859, y permanecimos en aquel ataud de hierro hasta el 24 de marzo, sin que nos fuese permitido abandonarlo un sólo instante hasta nuestra comparencia ante el gran juez, algunos dias antes de nuestra partida. Durante este largo cautiverio, no tuvimos á nuestra disposicion ningun otro mueble mas que los que dejamos enumerados: para ser exacto, debo añadir un cubo de hierro y una Biblia que una amarga irrisión parecia haber colocado allí. Nos habian dejado en aquella horrible prision tales como nos encontramos al salir de las manos del populacho de Weston. En mas de diez dias no tuvimos agua bastante para beber, y menos, por consiguiente, para lavarnos y asearnos. Teniamos que limpiar, mal ó bien, la sangre coagulada en nuestra cara, con una vieja cubierta de lana y con saliva. Hasta la llegada de mi mujer, que despues de tres semanas, llegó á descubrir nuestra prision, no pudimos mudarnos de camisa. Todas las noches, á cosa de las ocho, regularmente llegaban dos hombres para montar la guardia en el salon hasta el día. Además, el carcelero iba de vez en cuando á echar un vistazo. Durante la primera semana, los *border ruffians*, en número de unos trescientos, se estacionaban alrededor de la prision y formaban un verdadero campo. Estaban armados de mosquetes y rifles, y tenian asestado contra la puerta un cañon de cobre. La primera noche dispararon este cañon en señal de triunfo, y el carcelero nos dijo que habian roto casi todas las vidrieras de la *court huse* (palacio de justicia). Nosotros oíamos por fuera á aquellos furiosos que no cesaban de lanzar gritos agudos y aullidos, de disparar tiros y de amenazar á los yankees, á Jim Lane y á todos los abolicionistas del Kansas, con ejecutar en ellos las mas horribles venganzas.

Algunos dias despues, se reunió un meeting en la ciudad, y se resolvió ir á ahorcar y á quemar á Doy y á su hijo, *aquellos condenados ladrones de negros*. Dos individuos fueron sucesivamente á llevar la noticia de este acuerdo á los prisioneros, y á anunciarles que veinticinco hombres habian jurado forzar la prision, y que iban á llegar pronto. El doctor fortificó su puerta interiormente con la cama de hierro, escribió á su familia una carta en que le anunciaba su situacion, y armado con unos troncos que los prisioneros del salon habian sacado de la leña de la estufa para dárselos, esperó el motin con su hijo, resuelto á vender cara su vida. No hubo necesidad de llegar á tal extremo; los rufianes desistieron de su proyecto, gracias á la actitud del juez Morton, que amenazó con descargar su fusil sobre el primero de ellos que avanzase, y les prometió completa satisfaccion por medio de las vias legales.

(Se continuará.)

DOCTOR JOHN DOY.

## LA CARTA DE LA TIERRA.

Ortego con su lapiz y Carretero con su buril han interpretado de una manera que nada deja que desear, una de las escenas de costumbres de nuestro pueblo que mas se prestan á la observacion del artista. Uno de los grabados adjuntos lo representan. Uno de los que en ella figuran ha recibido carta de la tierra, esto es, de su padre, de su madre, de su mujer, de su hermano, de su hijo, en una palabra, de persona muy íntima, pues no es cosa de desembolsar cuatro cuartos que cuesta el sello al remitente y uno al que la recibe, sólo para saber de un amigo, de un conocido, etc., además, que cada carta de estas es una especie de almanaque con mas nombres que un santoral, que sirve de conducto al afecto de familias y hasta de aldeas enteras. Esta parte del documento es, por lo regular, la postdata, donde vienen memorias de fulano y de zutana, con recuerdos del tío Candil y de la tía Mala Sombra. Reunidos en *petit-comité* algunos aguadores asturianos, pues á ellos se refiere el grabado, se deletrea entre sorbo y sorbo de un vino que no recuerda, ni mucho menos, el Jerez, ni el Málaga, y con una voz que tampoco tiene gran afinidad con la de los tenores que cantan en el Teatro Real, se deletrea, decimos, la esperada carta, que los demás oyen con enterneamiento, con alegría y con un palmo de boca abierta.

A.

## NOVELAS Y CUADROS DE COSTUMBRES.

### VIAJE POR EL MUNDO DE LOS ESPIRITUS.

(CONCLUSION.)

XI.

Una mañana, Feliciano se levantó de su lecho imperial mas pálido que de costumbre. Habia tenido un sueño espantoso, horrible.

Sus innumerables víctimas habíanse levantado á una de sus sepulturas, para acusarle ante el tribunal del Dios de la Justicia.

Y gritaban los amigos por sus amigos, las hermanas amadas por sus amantes, las madres por sus hijos, y los hijos por sus madres.

Y sus ayes desgarraban el corazón en mil pedazos, penetrando á la vez con dolorido acento hasta lo mas recóndito del alma.

Y lo peor del caso era que el sueño se repetía todas las noches.

—¡Ay de mí! exclamaba el atormentado. Soy el sér mas desgraciado del mundo.

—No lo creas, le respondía Adán. Tu suplicio es menor aun del que están condenados á padecer en el planeta Marte los tiranos de la tierra. Allí, el sueño que aquí te atormenta de noche, será continuo, á todas horas.

—Las carnes me tiemblan.

—Y peor que la pena de los réprobos de Marte, es la de las condenadas del planeta Venus. Entre dos mujeres hermosas y coquetas, sólo puede vivir la discordia. Pues bien; figúrate que la coquetería y la hermosura, son las dotes de aquellas desgracia las.

—No prosigas.

—Aun hay, continuó el espíritu, otro tormento mas espantoso, el de los usureros de Mercurio. Rodeados de inmensas riquezas, las ven, las codician; pero al tender incansablemente sus manos hácia ellas, las riquezas huyen y se alejan. Considera si será horrible este martirio.

—¡Oh! te suplico que calles. Deja de hablarme de semejantes lugares de maldicion, y sácame pronto de la Tierra, donde la vida me es insoportable.

—¿A dónde deseas ir?

—A otros mundos, en los cuales pueda saciar la sed de ambicion que me abrasa, y apurar sin remordimientos la copa de la dicha.

—Tu peticion es un imposible. Eso únicamente puede suceder cuando tu espíritu vuele de la estrecha cárcel de la materia.

—¿Y cuándo me moriré?

—Sábelo Dios, que penetra los misterios de lo futuro.

—Estoy dispuesto á suicidarme.

—Eres libre de hacer lo que gustes.

Y el ambicioso cogió entre sus manos un revólver, se lo aplicó á una sien, disparó y cayó inerte, anegado en su propia sangre.

Hoy día no deben llamarnos la atencion crímenes de esta naturaleza, porque está de moda el suicidio.

Nada mas comun que un hombre ó una mujer arreglen su equipaje para el otro barrio, por el menor revés del amor ó de la fortuna.

¡Desventurados locos! ¡Pobres héroes!

¡Y aun hay personas que defienden semejante muerte como un acto de valor sin igual!...

Ciertamente, el suicidio es el valor de la cobardía.

XII.

El espíritu de Feliciano comenzó á flotar en las inmensidades del vacío.

Y sintió en su sér una revolucion completa.

Lo pasado, lo presente y lo porvenir, se confundian en un solo tiempo, que se ostentaba lleno de luz á la memoria.

El alma estaba allí como en su centro.

La sensibilidad gozaba de los encantos de la belleza; la inteligencia, de los resplandores de la verdad, y la voluntad se movía sin coaccion alguna en alas de su mas libérrimo albedrio.

La ambicion del suicida creció de punto al divisar la infinidad de cuerpos celestes que se extendía en torno suyo.

¿Qué era la tierra, en comparacion de aquel inmenso mundo?

Menos aun que un grano de arena en el desierto.

—Yo quiero habitar en el sol y dominarle con todos sus planetas y satélites, exclamó Feliciano.

A lo cual respondió una voz en las alturas:

—Sea.

Y el favorecido de la suerte habitó en el Sol un palacio construido de puro diamante, desde los cimientos á las cúpulas.

Y tuvo á los pies de su trono millones de millones de súbditos, que le obedecieron como esclavos.

XIII.

Pero ¡ay! el nuevo señor de nuestro sistema planetario cayó en la cuenta de que el sol es una de las estrellas mas pequeñas; que mas allá de él existe un número inconmensurable de cuerpos inmensamente mayores, y anheló dominarlos todos, ó, lo que es lo mismo, igualarse al Dios que los creara.

—¡Desventurado!

Mas de dos mil años hacia que Alejandro el Magno, el conquistador de Gaza, el vencedor de Darío, desesperado de haber hallado en lugar de la felicidad el término de sus conquistas, habia ofrecido al mundo con su muerte, ocurrida en la flor de su juventud en

Persépolis, un ejemplo palpable de cuán fatales son las pasiones cuando no están dominadas por la razón y dirigidas por la prudencia.

Feliciano iba á dar otro ejemplo; pero mas lastimoso que el del fundador de Alejandría, en cuanto que en su calidad de espíritu ni siquiera podía buscar la muerte como consuelo de sus penas.

## XIV.

En semejante estado, el ambicioso comenzó á parecer indeciblemente.

La tristeza le ahogaba, la desesperación le consumía.

—¡Ay! exclamaba mesándose los cabellos y retorciéndose ambas manos. Donde quiera que he buscado la felicidad he hallado tan sólo la desdicha. ¡Maldita sea la mujer que me engendró y el espíritu falaz que me abrió las puertas de esta vida!

## XV.

Una vez el maldiciente no pudo proseguir.

Sin saber cómo, vióse trasportado al través del éter á las profundidades del planeta Saturno, donde le esperaba la espriación mas espantosa de sus crímenes.

Sentía hambre, y no podía comer un sólo manjar de los muchos y esquisitos que le rodeaban; se abrasaba de sed, y le era imposible satisfacerla, á pesar de hallarse cercano á una fuente pura, cristalina; su corazón ansiaba amar, y veía mujeres hermosísimas, sobrehumanas, que bailaban en torno suyo riéndose de su frenético delirio; en su cerebro fulguraba la luz del genio, y para inspirarse oía los silbidos de una caterva de envidiosos, dispuestos únicamente á desacreditarle y zaherirle.

Y así trascurría una hora, otra, y otra.

Y Feliciano envidiaba en su desconsuelo la ventura del pobre pastor que vive tranquilo en su cabaña, sin pensar en otra cosa que en Dios y en su rebaño, ó la dicha del obrero que, despues de las faenas del trabajo, se sienta á cenar unas patatas, sin cuidados ni penas, al lado de su mujer y de sus hijos.

## XVI.

Feliciano se sintió de pronto impelido por la mano de un monstruo hácia un precipicio, en cuya sima se veían de punta miles de miles de aguzadas espadas y puñales, y de corte navajas de afeitar, sin cuento.

El desgraciado se arrojó desde una altura de mas de mil metros á la profundidad de aquel abismo.

Y se revolcó en él, desgarrándose las carnes de la manera más despiadada, pero sin conseguir exhalar el último suspiro.

## XVII.

Por fin, en su indescriptible é interminable agonía oyó un ruido extraño, estrepitoso, y una voz que le gritaba:

—¡Señorito, el chocolate!

Y abrió los ojos.

Y se vió con dolor mas en cueros que nuestro padre Adán en el Paraíso.

Y vió á sus pies una jofaina rota en cien pedazos.

Y vió, además, rubor causa decirlo, pero la verdad histórica lo exige, vió además á la criada de su patrona doña Angustias, que le contemplaba estasiada, con cierta maliciosa sonrisa en los ojos y el servicio del chocolate en la mano.

## XVIII.

Feliciano se hallaba en su bohardilla de la calle del Molino de Viento.

El efecto producido por las dos botellas de lágrima habia pasado.

Su viaje por el mundo de los espíritus habia sido un sueño, una locura.

Locura y no pequeña es el sueño de los espíritus.

ABDON DE PAZ.

## EL CIRCO DE PRICE.

Mr. Thomas Price, dueño y empresario del Circo que lleva su nombre, es bien conocido del público de Madrid para que necesitemos decir que pocas personas de las que así en nuestra patria como en el extranjero aplican sus capitales al espectáculo que él explota, podrán rivalizar con él en la práctica de la inteligencia que este género de especulación exige.

El público, por su parte, ha correspondido siempre á su buen deseo de complacerle, y favorece constantemente con su asistencia y con sus aplausos las operaciones con que lo atrae, siendo su Circo el punto de vista de la elegancia madrileña.

Reconoció Mr. Price á estas pruebas de simpatía, y comenzó la construcción de un edificio que, á su sencillez y decoroso aspecto, uniese la capacidad suficiente para contener gran número de espectadores, y al comenzar la temporada presente inauguró en el Paseo de Recoletos el Circo cuyo exterior representa uno de los grabados adjuntos. Su forma y decorado de estatuas y bustos alusivos al espectáculo, revelan desde luego el uso á que se destina el edificio, el cual, precedido como se halla de jardines y con ventilación bastante para hacer menos sensible el calor propio de la estación, ofrece comodidades y ventajas de otra especie que antes no se tenían en cuenta.

La concurrencia y la animación desde que se inauguró, han sido extraordinarias, habiendo contribuido también á ello la compañía que en él funciona, particularmente, entre otros ejercicios, los de la *doble cuerda*, en que hacen prodigios los hermanos Conrad; los de los *cráteres del Vesubio*, ejecutados magistralmente por madama Loyal, y sobre todo, los admirables niños José y Julio, que en los trabajos de dislocación sorprenden, pues como con razón se ha dicho, sus cuerpos parecen de goma elástica.

La llegada de los japoneses, ha distraído un poco la atención del público hácia el vecino Circo del Príncipe Alfonso; pero Mr. Price, que es activo, emprendedor é inteligente, no se dejará arrebatar por mucho tiempo el cetro que con honra y provecho ha empuñado hasta aquí, y esperamos que el mejor día nos sorprenderá con novedades dignas de su fama y de la capital del reino. Por de pronto, ha contratado á la señorita Acella, una gran notabilidad gimnástica, única, se dice, en su género, por sus maravillosos ejercicios y atrevidos saltos sobre los trapecios.

La llegada de los japoneses, ha distraído un poco la atención del público hácia el vecino Circo del Príncipe Alfonso; pero Mr. Price, que es activo, emprendedor é inteligente, no se dejará arrebatar por mucho tiempo el cetro que con honra y provecho ha empuñado hasta aquí, y esperamos que el mejor día nos sorprenderá con novedades dignas de su fama y de la capital del reino. Por de pronto, ha contratado á la señorita Acella, una gran notabilidad gimnástica, única, se dice, en su género, por sus maravillosos ejercicios y atrevidos saltos sobre los trapecios.

La llegada de los japoneses, ha distraído un poco la atención del público hácia el vecino Circo del Príncipe Alfonso; pero Mr. Price, que es activo, emprendedor é inteligente, no se dejará arrebatar por mucho tiempo el cetro que con honra y provecho ha empuñado hasta aquí, y esperamos que el mejor día nos sorprenderá con novedades dignas de su fama y de la capital del reino. Por de pronto, ha contratado á la señorita Acella, una gran notabilidad gimnástica, única, se dice, en su género, por sus maravillosos ejercicios y atrevidos saltos sobre los trapecios.

La llegada de los japoneses, ha distraído un poco la atención del público hácia el vecino Circo del Príncipe Alfonso; pero Mr. Price, que es activo, emprendedor é inteligente, no se dejará arrebatar por mucho tiempo el cetro que con honra y provecho ha empuñado hasta aquí, y esperamos que el mejor día nos sorprenderá con novedades dignas de su fama y de la capital del reino. Por de pronto, ha contratado á la señorita Acella, una gran notabilidad gimnástica, única, se dice, en su género, por sus maravillosos ejercicios y atrevidos saltos sobre los trapecios.

## PENSAMIENTOS.

Acostúmbrate á gozar, y todos los días te traerán hastío. Acostúmbrate á sufrir, y el día en que goces será para tí un día de fiesta.

Risa y llanto son lo mismo: polvo.

Nuestra vida es un crepúsculo de luz y sombra.

La modestia fingida no pasa de ser una hipocresía descarada.

El amor de niño es nieve que se deshace. El amor de hombre es fuego que consume.

De los que sufren el purgatorio del trabajo, será el cielo del descanso.

E. G. LADEVESE.

## LA LOCA DE LEGANITOS.

(CONTINUACION.)

Preso en tanto Valenzuela en el castillo de Consuegra, donde se hallaba á merced de su mas encarnizado enemigo, pues pertenecía á don Juan de Austria como gran prior de la orden de San Juan, se lamentaba de la veleidosa fortuna que á tal extremo le habia reducido despues de colmarle de sus favores con tanto esceso. Dícese que viéndose pobre y enfermo se quejaba de esta manera:—¡Oh Dios! no hay para mí ni siquiera la esperanza de acabar con la vida cuanto antes.—Mas no se atrevieron á tanto sus enemigos, como tampoco á formarle causa, y le condujeron preso á Cádiz donde le tuvieron encerrado en el castillo de la Merced hasta que hubo embarcación para llevarle confinado á Filipinas. Ya estaba á bordo y aun no tenia ninguna noticia oficial de la causa de su desgracia. Al entrar en el navío, se le leyó la orden del rey por la cual se le degradaba de todos sus empleos y honores á escepcion del hábito de Santiago. Entonces y no sin razón exclamó:—Ahora conozco que soy mucho mas pobre que cuando fui á la corte y entré á servir de paje al duque del Infantado!—Parece que en esta ocasion, bien para consolarle ó por algun otro motivo secreto, se presentó una señora alta y enteramente cubierta con su manto, la cual se le acercó y dijo:—Ten valor, Valenzuela; no tardará en morir tu enemigo y entonces volverás á España.

Estas palabras, pronunciadas con la magia que produce la esperanza y envueltas en impenetrable misterio, causaron efectos muy distintos. Valenzuela sintió en su interior un consuelo que se aumentaba por instantes al recordar las vicisitudes de su vida; los que le rodeaban, por el contrario, llenos de furor y tal vez de recelo hubieran querido apoderarse de la persona que pretendiera servir de oráculo en ocasion tan oportuna. Mas todo fue en vano; la tapada habia desaparecido y salieron inútiles cuantos medios se emplearon para descubrir su paradero.

Hizose á la vela en dirección á Acapulco, de donde se le trasladó á Manila, siendo encerrado desde su llegada en la fortaleza de San Felipe por el capitán general de Filipinas don Juan de Vargas Hurtado. En un principio tuvo que sufrir los mas crueles tratamientos por parte de sus implacables perseguidores, pero su carácter, buenas cualidades y el tiempo sobre todo influyeron en que comenzara á suavizarse tanto rigor, permitiéndole el nuevo capitán general don Gabriel de Arruzcálegui y Arriola salir algunas veces á

pasearse por la ciudad y dejándole con frecuencia enteramente libre en ella hasta el extremo de que pudo dedicarse á hacer representar sus comedias, única alegría de su desgraciada situación, y que sin embargo debería hacerle olvidar todos sus dolores, pues poeta desde la infancia, al que habia hecho versos siendo un pobre paje, y no abandonó la poesía en su privanza cuando habitaba el palacio del rey de España, perseguido y desterrado le serviría sin duda de satisfacción y desahogo en sus padecimientos.

Poco gozó don Juan de su poder, pues apenas habia subido al ministerio, aumentó la carestía comenzando á aborrecerle aquel pueblo que tanto le habia amado y le manifestó su odio en diferentes pasquines, algunos de los cuales, refiriéndose á haber mandado bajar el caballo de bronce de lo alto de palacio donde se habia colocado de orden de Valenzuela, decían:

¿A qué vino el señor don Juan?

A bajar el caballo y subir el pan.

Pan y carne á quince y once como fué el año pasado, con que nada se ha bajado sino el caballo de bronce.

Ajado, insultado por los que mas habian contribuido á su elevación, el célebre don Juan Gaspar Enriquez de Cabrera, conocido por el Almirante, lanzó en contra suya aquella célebre sátira, cuyo autor se ha ignorado hasta nuestros días, y se atribuyó entonces al marqués de Mondéjar:

Un fraile y una corona,  
un duque y un cartelista,  
te pusieron en la lista  
de la bella Calderona;

Alusión á su bastardo origen, que debió dolerle doble que cuantas se habian dirigido á Valenzuela, mas á propósito que para desesperarle para lisonjear en secreto su amor propio, pues le suponian amante de una reina. Los grandes, disgustados de sus favoritos, que eran un monje cartujo traído por él de Zaragoza y un fraile capuchino en cuya compañía se consagraba á todas las austeridades de la vida cenobítica, formaron una nueva liga contra él, y Carlos debía haber abandonado el alcázar por la puerta del parque, pero tuvo la fortuna de morir antes que esto se verificara, en 17 de setiembre de 1679, sin haber dejado las riendas del gobierno. Sacáronle de palacio por la puerta por donde el rey debia haber salido para quitarle el poder, que se hallaba entonces donde hoy la fuente del camino de la puerta de San Vicente, conduciéndole al Escorial sin que fuera á saludarle por última vez aquel pueblo que tanto se habia afanado por defenderle durante su vida. La *Gaceta* publicó, sin embargo, un larguísimo panegírico de sus virtudes y brillantes hechos, especie de oración fúnebre mas frecuente entonces que en nuestros días en el periódico oficial.

La reina madre volvió el 19 á la corte, aposentándose en el palacio del duque de Uceda, conocido hoy por los Consejos, y recobró con este motivo toda su antigua influencia. No se tardó en dar permiso á Valenzuela para pasar á Méjico, y segun otros se le envió un navío para regresar á España, pero las intrigas del secretario de Estado don Gerónimo de Eguía, le detuvieron por largo tiempo en aquel país, no comunicándosele la orden hasta 1689, en que lo hizo el decano de la audiencia de Manila don Alonso Fuentes, gobernador interino, pasando á Méjico despues de doce años de destierro. Bien recibido por el virey, conde de Galve, hermano del duque del Infantado, su primer protector, se entregó por completo á sus naturales aficiones, consagrándose como siempre á la poesía. Obtuvo una pensión de 1,200 duros con la cual pudo vivir, si no con desahogo, con esperanzas de un porvenir mas alhagüeño; pero aficionado al manejo de los caballos, murió al poco tiempo de una cox de un potro que estaba domando, segun unos por diversion, segun otros como recurso, si creemos otra opinion distinta que han desechado historiadores de bastante nota.

(Se continuará.)

JOSÉ S. BIEDMA.

## NOVELAS Y CUADROS DE COSTUMBRES.

## LA ULTIMA ENAMORADA.

PARTE PRIMERA.

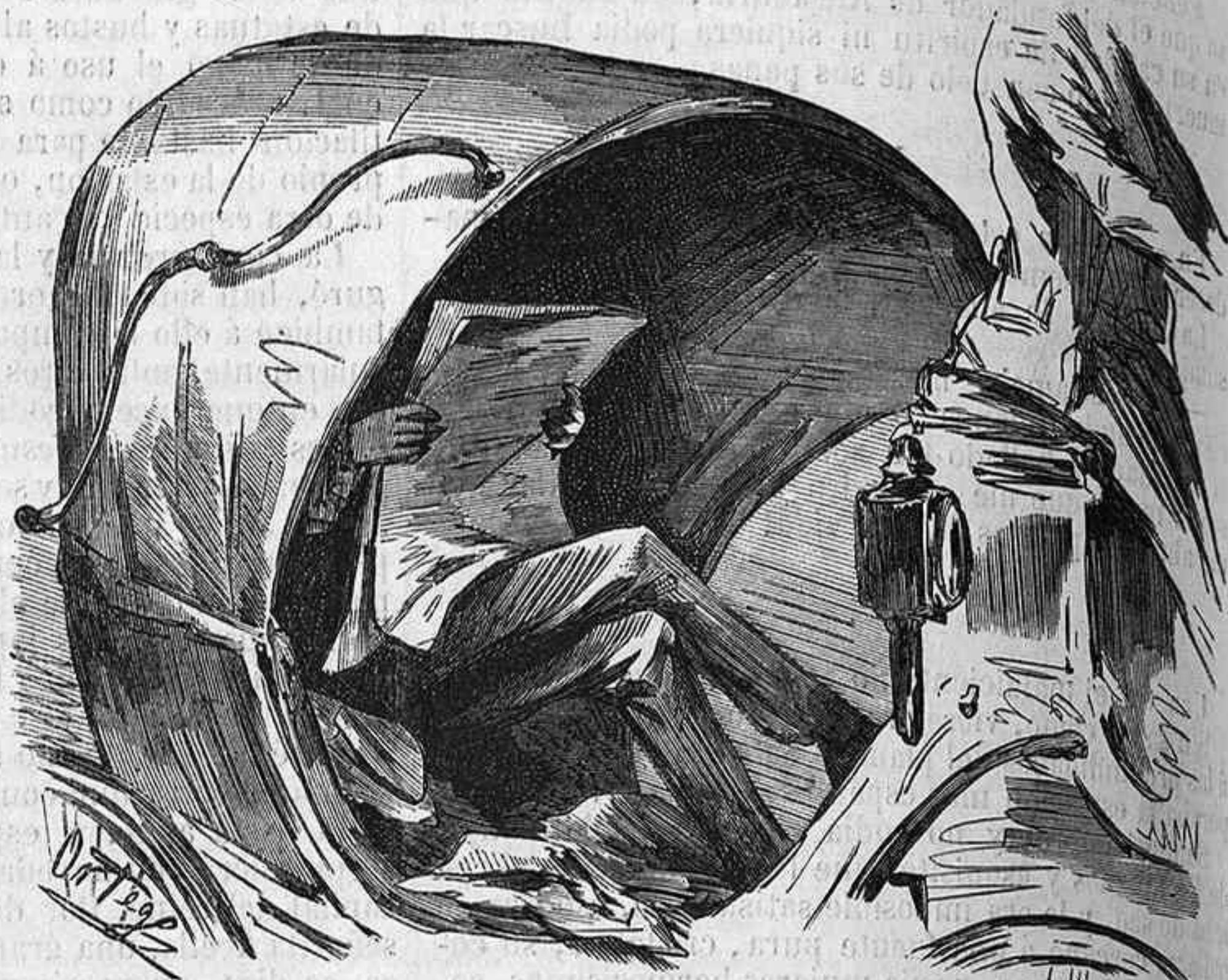
I.

Al declinar de una hermosa tarde, volvia yo de mi habitual paseo, en dirección á P..., pequeño pueblo de la provincia de Madrid, en donde acostumbraba á pasar algunas temporadas, y ya descubria su humilde campanario, en cuyo redor se cernian algunos rápi-

PASEO DE LA FUENTE CASTELLANA.—POR EL COCHE, FACHA Y TRAJE, SE CONOCE EL PERSONAJE.



Tres hijas casaderas.



Director de un periódico noticiero.

dos vencejos, cuando en un barranco que corre á lo largo de la senda por donde marchaba, ví como hasta diez ó doce cerdos que se revolcaban en su suelo cenagoso, y juzgando que alguien debía cuidar de esta pira, miré en torno mio, quedándome no poco admirado al ver en una pequeña colina, que se eleva al lado de dicho barranco, á la persona que buscaba.

Era una jóven, ó mejor dicho, una niña, pues pareciera rayar apenas en los quince años, aunque después supe que tenía algunos más; y acaso no hubiera escitado mi atención, á no haberme sorprendido desde luego la elegante esbeltez de su talle, que se dibujaba airoso y flexible, entre el oscuro azul del cielo y el verde esmeralda de la pradera. Llevaba la cabeza descubierta, y aunque sus negros cabellos, peinados con bastante descuido, caían sobre su frente, creo que no he visto nunca un rostro tan expresivo y de un perfil mas suave y encantador. Su tez, que debía haber sido muy blanca, curtida por la acción del aire y del sol, había adquirido un color indefinible, parecido, en cierto modo, al del oro tomado, y este reflejo oscuro hacia resaltar más y más el brillo de sus ojos negros, sombreados por largas pestañas, aunque un poco redondos y quizá mas bellos por esta circunstancia; pues hacían parecer mas profunda la llama diamantina que los animaba, y mas penetrante la expresión dulce y resignada que se leía en ellos. A primera vista, su fisonomía parecía animada y risueña; pero luego, observando el enflaquecimiento de sus mejillas, acompañado de una rubicundez casi pulverulenta, permitaseme esta frase, la descoloración de sus labios, y el cerco violado que rodeaba sus ojos, se adivinaba en ella la huella de los disgustos, de las enfermedades, ó de las privaciones.

Un corpiño de percal azul, ceñía su cuerpo delicado y flexible, y una corta falda de estameña morada, llena de remiendos de otros colores, descubría á la menor ondulacion, el principio de sus piernas, de formas perfectas y juveniles, y cuya láctea blancura contrastaba con el color oscuro de sus curtidos pies, desnudos y pequeños en sumo grado.

Todas estas observaciones las hice durante un momento, en que distraída la jóven, miraba al suelo golpeándole con la larga vara que tenía en la mano, que sin duda la servía para guiar á los animales que tenía á su cuidado; mas luego, notando que reparó en mí, algo sorprendida, proseguí mi camino, no sin volver muchas veces la cabeza para mirarla.

Antes de llegar al pueblo, me alcanzó un labrador vecino mio, y no pude menos de hacerle algunas preguntas relativas á la porquera, aunque sin manifestar toda la sorpresa é interés que me había causado.

—Esa muchacha, me dijo, recogida en un camino por el tio Simon, que ha sido muchos años porquero del pueblo, le ayudaba á guardar los cerdos, y después que murió aquel de resultados de una borrachera, nos compadecimos todos de Carmen, así se llama la chicuela, y la dejamos la guarda de las reses, á pesar de su poca edad.

—¿Luego esos cerdos que he visto, pertenecen á varios dueños? le pregunté.

—¿Qué, no lo sabía usted? Carmen tiene el encargo de llevar á pacer las reses de todos los vecinos que quieran buenamente enviarlas.

—¿Y qué jornal gana por esa ocupacion?

—Fijo no tiene ninguno; mas por cada res que guarda, su dueño la da un cuarto todos los dias.

—De modo, que ahora, que sólo guarda doce cerdos, no tendrá mas que doce cuartos diarios.

—Justo; y qué, ¿le parece á usted poco para una pordiosera que no ha tenido nunca casa ni hogar?

—Tampoco es demasiado... Por otra parte, creo que esa infeliz niña está enferma.

—Dicen que está hética, y así es de presumir, por el color de su cara, pero de todos modos, siempre lo pasa mejor que andando de ceca en meca.

En esta conversacion llegamos al pueblo, y entramos en nuestras respectivas casas, y ya en la mia, no pude menos de pensar mucho tiempo en la pobre porquera, indignándome, hasta cierto punto, las palabras de mi vecino, eco fiel de las de todos los demás, que revelaban esa caridad limitada, mas bien indiferencia egoísta del hombre, que ve sufrir á su semejante, sin procurar aliviar la fatalidad de su suerte.

Mientras estuve mirando á Carmen, sorprendido por su delicada belleza, hubo momentos en que creí que no siempre había vivido en aquel estado; pero la breve historia que supe después, me hizo desechar mis ideas novelescas, mas no disminuyó el compasivo interés que me inspiraba, y muchas veces, recordando su poética belleza, me complacia en suponerla rodeada de todos los atractivos de una vida elegante, colocaba una sencilla guirnalda sobre aquella cabeza rafaélica, ceñía su gentil talle con blanca muselina, y cubría sus diminutos pies con seda y la calzaba de raso; y engalanada de este modo, la colocaba al nivel de las beldades mas distinguidas y admiradas.

## II.

Un dia, la porquera me contó su historia.

No me había equivocado respecto á las suposiciones que sobre ella hice desde el primer momento en que la ví.

Carmen era hija única de un noble y rico hacendado de un pueblo de Navarra, situado en la falda de los Pirineos occidentales. Su madre murió al darla la vida, y la pobre niña, casi desde sus primeros años, tuvo que sufrir bajo el poder de una mujer vulgar, áspera y grosera con quien su padre se casó en segundas nupcias. Ya en la edad de la adolescencia, fue seducida por el hermano de un grande de España, que tenía posesiones en su pueblo, y cegada por el amor y exasperada por la tiranía doméstica, huyó con él, después de haberla dado palabra de casamiento.

Enrique, así se llamaba el seductor, la condujo á una quinta de los alrededores de Pamplona, y allí empleó to los los medios para triunfar de la virtud de la inexperta y enamorada niña.

Voy á repetir poco mas ó menos las palabras de Carmen, cuando me contó las asechanzas de que había sido víctima.

«Una tarde,—me dijo,—según costumbre, comimos juntos Enrique y yo, y posteriormente he recordado algunas particularidades de esta comida que entonces escaparon á mi inesperienza. Enrique me prodigaba siempre muchas atenciones, pero aquel dia me parecieron excesivas, y por dos ó tres veces agué él mismo el vino de Burdeos que ya acostum-

braba á beber. Acabada que fue la comida, él se retiró á su cuarto, según me dijo á escribir, y yo bajé al jardín y me dirigí á mi sitio predilecto, que era una especie de cenador entoldado con el follaje de una parray en medio del cual manaba una fuente, que luego han rodeado de un pilon de mármol sobre el que se ven muchos grupos de escultura y varios tiestos con las flores y plantas mas raras y desconocidas. El agua de esta fuente corre por un cauce tambien natural, y atravesando el cenador le presta una frescura y una animacion indecible... Me detengo en estos pormenores para hacer conocer á vd. las seducciones que me rodearon, que atenúan, ya que no disculpen, mi extravío.

En este sitio, pues, me senté en un banco, junto al pilon de la fuente y abrí un libro que llevaba; mas no pude leer mucho tiempo. No sé si fué á consecuencia de la impresion que produjeron en mí aquellas páginas que consagraban al amor con una elocuencia admirable, ó por cualquier otra causa, la verdad es que caí en una especie de letargo semejante al que origina el calor excesivo, sentí un ligero ardor en el corazon y dejé caer los brazos sobre mi falda. A este tiempo llegó Enrique y se sentó á mi lado; al verle, me pareció que nunca le había amado tanto, y sus palabras me causaron mayor impresion que otras veces.

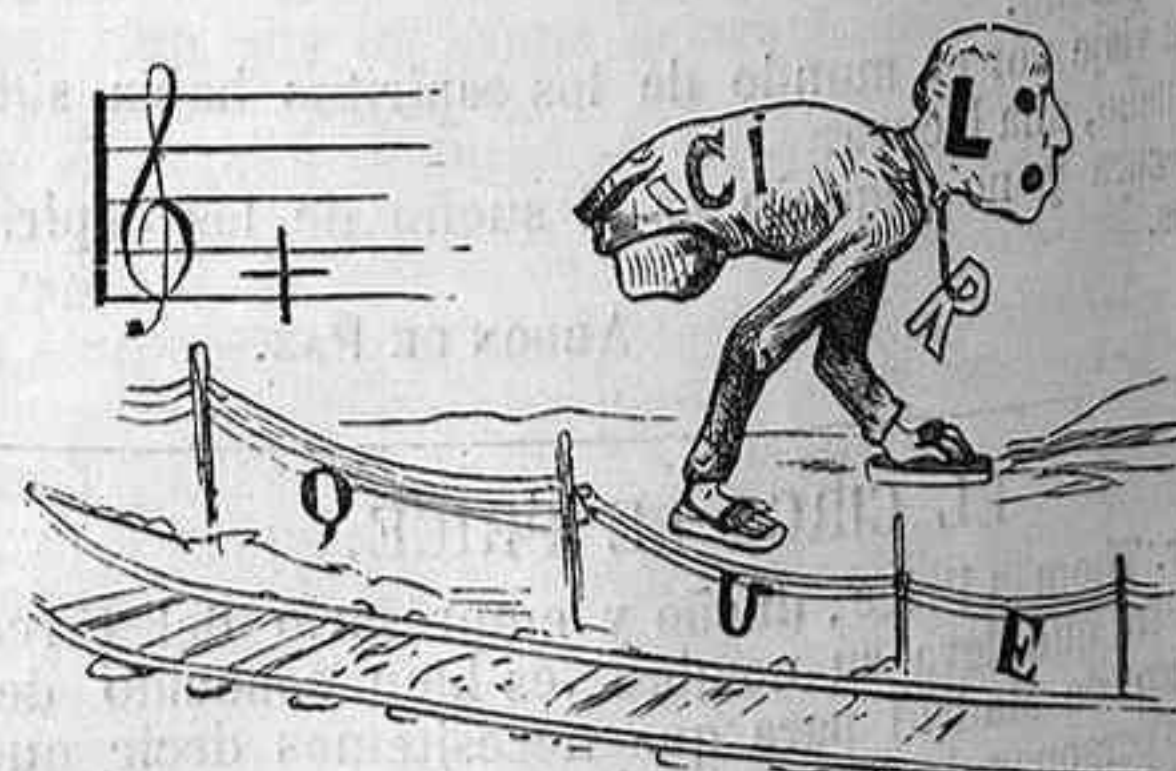
(Se continuará.)

F. MORENO GODINO.

## GEROGLIFICO.

SOLUCION DEL ANTERIOR.

No permitas que tu lengua vuele delante de tu pensamiento.



JAR

La solución de éste en el número próximo.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE D. JOSE GASPAR.  
IMPRENTA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES: MADRID, PRINCIPE 4.